

unas pocas líneas pueden explicar-te el misterio de por qué tus padres te habían jodido o las irracionales razones detrás de los suicidios de tus esposas o hijas o la manera en que tus hijos acabarían jodiéndote. Pero luego de esta extrema y emocional y por momentos amenazante novela creo que entiendo *algo* más que no había entendido hasta ahora. No a la poesía, pero sí a sus víricos y a menudo virulentos transmisores: a los poetas. Y esta es, para mí, la talentosa astucia de la que Zambra hace gala aquí: la de convertir a sus poetas en triunfales poemas de sí mismos.

Así Zambra –en la más dramática de las picarescas– *recita* y hace rimar a un puñado de asonantes y consonantes y disonantes protagónicos (Gonzalo y Carla y Vicente y Pru) alrededor de los cuales orbitan múltiples satélites, inventados o (impagable la aparición de Nicanor Parra) verdaderos. Poetas todos que –entre *plaquettes* y antologías y platicos autóctonos y redobles sexuales– no dejan de atraerse y repelerse (resulta formidable ese episodio de una fiesta que poco o nada tiene que envidiarle a aquella de Peter Sellers o a las conjurantes tertulias que montaba Ignatius Reilly) mientras Oscuridad, la gata de la portada, los mira a todos con una mezcla de amor y pena y desprecio. Todos prisioneros y carceleras de algo que es –de acuerdo, como concluye la periodista casi antropológica y norteamericana Pru– “un mundo divertido, pero cansador. Son todos muy intensos”. A lo que alguien le responde: “Pero es un mundo mejor. Un poco. Es un mundo más genuino. Menos fome. Menos triste. O sea, Chile es clasista, machista, rígido. Pero el mundo de los poetas es un poco menos clasista. Solo un poco. Por último creen en el talento, tal vez creen demasiado en el talento. En la comunidad. No sé, son

más libres, menos cuicos. Se mezclan más... Es un mundo mejor.”

De ese mundo mejor –pero a la vez terrible– se ocupa *Poeta chileno*. Y *Poeta chileno* –inteligente y graciosa y emocionante y profunda– es una novela mejor como solo pueden serlo las grandes novelas de amor o las novelas de madres e hijos o de padrastros e hijastros.

Y hacía mucho que no me reía/emocionaba tanto con una novela.

Y, por las dudas, no es lo mismo *domésticos* que *domesticados*.

Sí es similar la sensación que sentí en su momento con aquellos detectives salvajes y vuelvo a sentir ahora ante estos poetas chilenos: la de haber sido invitado al recital de algo que se entiende y se disfruta –algo que gozo y comprendo y aprecio y apreso– como al más instantáneo de los clásicos.

Y, ah, no encuentro nada que rime con *clásico* y con *instantáneo* que me convenza.

Y supongo, seguro, por supuesto, que es culpa mía. –

RODRIGO FRESÁN es escritor. En 2019 publicó *La parte recordada* (Literatura Random House).